

IGLESIAS, SEVERO. *Ciencia e Ideología*. Editorial Tiempo y Obra, México, 1981. 14 x 20 cms. 227 págs.

El texto aparece dividido en cinco capítulos. En su primera parte el autor delinea los rasgos centrales de la *Idea de la ciencia* en la modernidad: F. Bacon, Descartes, el empirismo, el mecanicismo, Kant, el idealismo alemán, el positivismo y la fenomenología, representan las estaciones de este recorrido en el cual se reconstruyen los supuestos básicos de dichos planteamientos y sus aportes para la caracterización actual de la ciencia y sus relaciones con la ideología. En este examen el autor utiliza un método histórico-lógico que busca la conexión interna del objeto y la lógica del proceso que recorre en sus diversas determinaciones históricas. Aunque la reconstrucción es en algunos casos fragmentaria, es valioso el esfuerzo por rastrear lo esencial de los autores así como también el ocuparse de algunos, comunmente olvidados en los textos sobre el tema.

El segundo capítulo intenta establecer la *estructura de la ideología y la ciencia* mediante las oposiciones y relaciones de tres conceptos: *la concepción del mundo, la ideología y la ciencia*. En primer lugar la *concepción del mundo* aparece como un conjunto de principios y un mecanismo de deducción que corresponden a una determinada forma de vida. Siguiendo a Dilthey, el autor afirma como la concepción del mundo tiene en su estructura los "temples de ánimo" como primera capa de conciencia, es decir, modos de actitud surgidos de la trama vital misma. Ello proporciona a la vida psíquica una estructura que sostiene la imagen del mundo y sobre la cual mediante estimaciones valorativas se forman las ideas pero no como elaboraciones conscientes sino como actitudes ante la vida. Aunque es necesario distinguir entre proyectos teóricos como respuestas a necesidades prácticas, formas de pensamiento que reflejan procesos de lo real y concepciones del mundo que unifican la conciencia de los hombres con el contexto social, dichas concepciones aparecen como fundamento tanto de la ciencia como de la ideología. Las concepciones del mundo se hacen irracionales cuando dejan de corresponder al interés concreto de una sociedad, ya sea por el desarrollo de las fuerzas productivas o por el hecho de haberse desplegado formas nuevas de organización. Aquí nos encontramos con el fenómeno del dogmatismo y de la imposición de ideas que ya no se corresponden con el movimiento histórico.

Las *formas ideológicas* aparecen como estructuras que sistematizan las diversas concepciones y permiten adquirir conciencia de las variaciones operadas en la realidad social. Apoyándose en la lectura marxista del fenómeno, de acuerdo con la cual lo específico de éste radica en el desconocimiento de las condiciones materiales y de las fuerzas objetivas que fundamentan las ideas generando la conciencia falsa, el autor ve en los principios del materialismo histórico la base de la ideología en cuanto teoría del reconocimiento de la concepción del mundo y condición necesaria para la superación de la inversión de la realidad. En efecto, el concepto de "conciencia social" incluye tanto la conciencia empírica como la ideología y la ciencia, si bien éstas no se identifican sin más ni intercambian su función. Desde esta perspectiva, el autor polemiza con

otras concepciones de lo ideológico, como por ejemplo la desarrollada por Gramsci, Althusser y K. Mannheim.

Finalmente *la ciencia*, a diferencia de la ideología, presenta una estructura diversa. Su carácter fundamental es ser un sistema abierto y en constante cambio como parte de su proceso social e histórico. En su base material encontramos las premisas del conocimiento científico —campo temático, sujeto, instrumentos, etc.—, en gran medida dependientes de la organización socio-política. Sobre esta base se levanta la actividad científica como conjunto de métodos de investigación, de estructuración de los sistemas y expresión científicos y métodos de previsión de fenómenos. Tanto al final como en el comienzo, aparecen los medios técnicos como expresión de las condiciones y resultados de la actividad científica. Cada subestructura influye sobre las otras y a la vez cada una tiene una estructura propia como fenómeno específico, ya se trate de las condiciones sociales de la ciencia, el fenómeno gnoseológico o la técnica. Desde esta caracterización general del conocimiento científico, el autor discute la pretensión de una ciencia sin supuestos: tanto a nivel de sus premisas como en la estructura del aspecto gnoseológico nos encontramos con la determinación social. El sujeto gnoseológico no es un ente singular sino una formación social en interrelación con otras formaciones, es un sujeto social histórico como el objeto de investigación. Su actividad está conectada con los sistemas de conciencia, grupos sociales, intereses políticos, etc.

En su tercer capítulo el texto desarrolla la oposición entre los *elementos cognoscitivos de la ciencia y la ideología*. Inicialmente el autor traza una distinción entre conocer y pensar. Mientras el pensar aparece como un proceso de conciencia que trabaja sobre lo dado en ella, el conocer es la relación entre un sujeto y algo externa de él. En este sentido deben distinguirse las formas de conciencia social y las formas de cognición (científica, estética, ética), caracterizadas por una diversa relación sujeto-objeto y por la diversa estructura de sus resultados. Igualmente deben distinguirse las formas de actividad de la conciencia (sensorial y teórica) y las formas lógicas del pensamiento (concepto, juicio, silogismo). Más allá de las formas clásicas de examinar el proceso del conocer —racionalismo y empirismo—, aquel aparece conectado con la actividad humana mediante la cual el hombre domina a la naturaleza gracias a una acción instrumental que combina la proyección de un plan y el conocimiento del material trabajado y mediante dicho proceso satisface sus necesidades fundamentales. El hombre es obligado a conocer las leyes de la realidad sobre la que actúa y los resultados del proceso accionan correlativamente a través de la práctica. El conocimiento en su doble vertiente —sensorial y lógica— se convierte en ciencia cuando las leyes de lo real, explicadas por medio de las leyes del conocer y el pensar, se manifiestan a la conciencia. La ciencia integra un elemento explicativo gracias al cual expresa las conexiones internas y externas del objeto y su evolución; y un elemento descriptivo de observación y experimentación. La combinación de estos dos aspectos evita el que sea una simple clasificación de datos o pura especulación. En este sentido el experimento posee una importancia central ya que permite una producción controlada del fenómeno donde se aprehende el rasgo necesario que lo rige y posibilita la verificación de hipótesis.

La develación del proceso cognoscitivo de la ideología es más compleja que en la ciencia por tratarse de un fenómeno social cuya aprehensión es realizada a través de medios institucionales y por presentarse ya elaborada en términos generales. Ahora bien, la determinación social de las ideas no se realiza en forma automática como si la conciencia consistiera en una "tabla rasa", tal determinación se realiza a través de necesidades e intereses de los hombres. Resalta en las formas de cognición ideológica la falta de elemento crítico y creador en la conciencia del que la capta. Este elemento es sustituido por una "intuición" de la correspondencia entre el pensamiento aceptado y el interés de los agrupamientos sociales. El autor trata como formas del pensar ideológico previas a la aprehensión de la ideología por los sujetos, la reductiva, consistente en subordinar multiplicidades concretas a principios suprahistóricos; la descriptiva, que reduce los fenómenos a hechos aislados y en relación con el nivel de verificación del valor de una ideología se ocupa de formas tales como el "criterio común", el "criterio lógico", la "economía del pensamiento", el "convencionalismo", el "utilitarismo" y el "pragmatismo".

El problema que aparece después de la revisión de las principales formas del pensar ideológico que penetran en el pensamiento cotidiano es si el hombre, como señala Althusser, está condenado a ser un "animal ideológico". Aunque la respuesta a este punto se clarificará en el último capítulo, en la revisión de la dialéctica ciencia-ideología, salta a la vista que estas formas de pensar integran las estructuras de los procesos de conciencia y sus resultados se conocen como expresión de formas de actividad y vida de los hombres.

El capítulo cuarto aborda la problemática de la *función social de la ideología y la ciencia*. Inicialmente caracteriza dos maneras de asumir la ideología. En el primer caso ésta incluye formas de pensar y contenidos por los cuales los hombres toman conciencia de su situación. Aquí permanecen ignoradas las causas que determinan estas formas del pensar pero aparece incluida la creencia en la "verdad" de lo pensado. Algo diferente sucede cuando la ideología es usada como instrumento de control sobre los hombres. Su uso premeditado la convierte en una técnica de manipulación sobre el resto de los individuos. Ello marca la diferencia entre ideología y apologética. El empleo de la ideología como técnica de control social está apoyado en relaciones de dominio del hombre por el hombre. La mistificación es introyectada mediante técnicas de comunicación y organización que respaldan las relaciones de dominio ya existentes. El autor recuerda la tesis de Marcuse de acuerdo con la cual la razón tecnológica se hace razón política. No solo la ideología es usada como técnica sino que la misma técnica derivada de la ciencia natural se hace ideológica. Sin embargo cabe anotar cómo el uso de instrumentos y técnicas solo genera situaciones de dominio en la medida en que se apoya en condiciones sociales que fomenten tal dominación. Este proceso puede percibirse en ejemplos como la "taylorización del trabajo", que posibilita la implementación de técnicas de control sobre la base de ciertas condiciones de trabajo ya existentes; la ideología sindicalista, que usada como técnica de control aparece apoyada sobre la contradicción económica básica; e igualmente se ve en la

educación y en el control de la opinión pública. Aquí se fundamenta el surgimiento de un universo cerrado del pensar el cual genera en los individuos dominados una conciencia fatalista, agnóstica y antihistórica y para el elemento dominador esta ideología hecha técnica de manipulación se convierte en base de la vida. Es el positivismo que disfrazado de objetivismo pregona el triunfo del sentido común.

La ciencia a diferencia de la ideología que se proyecta en técnicas de control, se manifiesta como conocer que prevee y en forma práctica como técnica que capacita al hombre para dominar la naturaleza poniéndola a su servicio. La ciencia cobra la capacidad de anticipar procesos inmediatos de la realidad en forma aproximada; sin embargo esta previsión nunca es absoluta, aparece limitada por el conocimiento que se tenga del fenómeno, por las influencias extrañas que modifican a veces a las estructuras y procesos, por el conocimiento de las condiciones iniciales a partir de las cuales se efectúa la predicción, etc. Por otra parte la ley científica no posee validez intemporal, ya que corresponde más bien a la necesidad humana de organizar la realidad; en este sentido una ley científica es solo una aproximación, una creación del sujeto aunque tiene su fundamento en lo real. Aquí el autor defiende la problemática asimilación de ciencia natural y ciencia social; en efecto, los científicos sociales buscan leyes y se apoyan en procesos de experimentación; también su conocimiento apunta a la posibilidad de la predicción. Las ciencias sociales investigan su objeto intentando desantropomorfizarse y evitando contaminar la investigación con sus tendencias e inclinaciones personales. De todas formas en opinión del autor, la ciencia social acusa la falta de un método que garantice el cumplimiento de estas condiciones, aunque sería una meta deseable.

Los elementos desarrollados en los capítulos anteriores permiten concluir en el último capítulo cómo ciencia e ideología no deben identificarse sin más, pero tampoco debe colocarse entre ellas una barrera infranqueable. En efecto, una consideración del carácter histórico de la ideología permite aproximarla a la ciencia. Dicho carácter radica en la ideología como formación de conciencia social, carácter por el cual describe un proceso histórico a partir de los intereses de los hombres y se convierte en instrumento y expresión de tales intereses. Así, una ideología específica, en una época histórica, expresa una relación social determinada a la vez que sirve de orientación a la acción humana. Pero cuando ya no corresponde a la realidad pero es sustentada por grupos en el poder, se transforma en un simple instrumento de control. La decadencia de una ideología y su separación de la realidad es a la vez expresión objetiva de una clase social históricamente en decadencia y en cuanto esto sucede, una ideología sustitutiva adopta la forma de aproximación a lo real tal como la clase que la sustenta se aproxima al poder.

Según el autor el problema más importante a plantearse aquí es el de la posibilidad de una ideología que adopte forma de ciencia. Aunque las bases de lo ideológico y lo científico son radicalmente diversas y la propuesta encerraría un absurdo, si se entiende el problema no como identificación sino como conversión de formas de conciencia ideológica en científicas, es posible plantear el asunto. Tan solo una clase social que pretenda instaurar un orden histórico nuevo no apoyado en la propiedad tiene la

posibilidad de sustentar una ideología que se aproxime a la ciencia. Dicha clase requerirá como guía para la acción una conciencia que le revele la realidad en forma efectiva para ejercer la acción libre y habrá de apoyarse más en la ciencia que en la ideología. De todas formas no se pretende llegar a una desideologización absoluta, ya que el pensamiento dado su carácter contendrá siempre elementos ideológicos. Este proceso de desideologización se inicia en las formas del pensar y los métodos del conocimiento aunque todo ello solo se logre con la transformación de las bases de la ideología. Esta surge en una concepción del mundo ya hecha; su enjuiciamiento es fundamento de la crítica teórica y embrión de la concepción científica del mundo. Esto viene posibilitado en la desenajenación del trabajo como base de la desfetichización y desmitificación de las relaciones humanas y la alienación de la conciencia, en esta medida se gestan en cerebros concretos nuevos conceptos de la situación.

En este proceso, el sistema ideológico que pierde sus propios elementos ha de tener forma abierta, es decir, ha de autonegarse como teoría de una clase en particular y pasar a ser universal. Esto ya no sólo involucra un proceso de conciencia sino también un proceso físico que provoque el salto cualitativo de la ideología a la ciencia.

El texto de Severo Iglesias representa un aporte significativo en la tematización de la noción de ciencia y de sus relaciones con la ideología. Aquella no aparece ya como una dimensión aislada sino que se reconstruye su génesis tanto en formas de conciencia previas como la ideología y la concepción del mundo, como en los procesos de trabajo que constituyen la acción instrumental de dominio y apropiación de la naturaleza por parte de los hombres. Es igualmente valioso en la reflexión sobre la ideología, el esfuerzo por avanzar más allá del marxismo clásico o del de corte althusseriano en la tematización de lo ideológico, mediante la distinción de dos manifestaciones de este fenómeno: como estructura presente en los procesos de pensamiento del hombre o como técnica de dominio y manipulación del poder por parte de un grupo social sobre los restantes. Solo en esta segunda acepción es que la ideología posee ese carácter misticador y alienante, tan severamente criticado por Marx y Engels. Sin embargo la tesis según la cual aparece como posible e incluso deseable la disolución final de la ideología en la ciencia es muy problemática. El autor espera algo así como un salto cualitativo que de una vez por todas libere al hombre de todo contenido ideológico y lo instale en la ciencia. Este proceso permitiría también aproximar finalmente ciencia natural y ciencia social y suprimir toda forma reflexiva ideológica sustituyéndola por el modelo de la racionalidad científica. Pero una teoría crítica de la ideología no puede circunscribirse al examen de la ciencia natural ni conducir a la superación de toda ideología en aras de una pretendida concepción científica del hombre, la sociedad y la historia; su marco de referencia debe ser más bien el ámbito de lo histórico social y la posibilidad emancipativa que este examen brinda en la dimensión de la praxis. Detrás de la propuesta del autor se vislumbra la pretensión de disolver las estructuras de pertenencia que como trasfondo simbólico subyacen a todo proceso de conocimiento y comunicación, así como también la ruptura en la circularidad de todo acto cognoscitivo. La superación cualitativa de la ideología por la ciencia, proceso conectado con el ascenso

de una nueva clase social al poder, posibilitaría en opinión del autor la superación de los intereses cognoscitivos y el sentido antropomórfico presentes en la actividad científica; frente a esa posibilidad, lo que una teoría crítica de las ciencias promueve es asumir crítica y reflexivamente dichos intereses con el fin de restituir a esta actividad su carácter humano y emancipatorio, aspecto disimulado hoy desde las pretensiones absolutas y totalizantes de la racionalidad científica contemporánea.

Carlos Gaitán Riveros